

Sobre mí mismo. La experiencia alemana

Luis Montiel*

*Wie man wird, was er ist*¹

Tomó prestado el título de mi artículo de una edición española² de textos autobiográficos de mi maestro alemán por antonomasia, Thomas Mann, pues lo que pretendo es simplemente hablar de mi experiencia con el idioma alemán en el entorno profesional. Y para ello quizá convenga comenzar señalando que llegué tarde a dicha lengua, pues inicié mi aprendizaje de la misma a los veinticuatro años, después de terminar mi formación como médico. Creo que es un dato que merece tenerse en cuenta, pues quizá ayude a entender algunas de las cosas que aquí diré.

Los especialistas en aprendizaje y los neurólogos han advertido hace ya tiempo que el cerebro humano está mejor preparado para el aprendizaje de los idiomas cuanto más plástico es, es decir, en edades muy tempranas de la vida: en la infancia. Por eso creo que la información precedente puede ser relevante. Ni la plasticidad de mi cerebro ni la escasa disponibilidad de tiempo proporcionaban las condiciones más favorables para aprender un idioma complicado, como sin duda es el alemán. Ello ha determinado que en ningún caso pueda considerarme bilingüe, pero también que mi trato con el idioma tenga, necesariamente, que apoyarse en otras condiciones previas, que sin duda se daban en mi caso.

Desde los años de la infancia —una época en la que en mi casa no cabía pensar en exotismos como el aprendizaje de una lengua «inútil»— una Alemania soñada ocupaba un lugar especial en mi fantasía. El escenario de los sucesos, a menudo inquietantes, referidos por los hermanos Grimm se me aparecía como algo extraordinariamente atractivo, más incluso que los africanos o asiáticos en que transcurrían las novelas de aventuras devoradas poco más tarde. Aunque entonces no supiera a qué se debía aquella preferencia, hoy comprendo que estaba aprendiendo a distinguir la aventura de la magia o, si se prefiere, la ficción de la realidad: de una realidad tan poco anecdótica que podría calificársela de hiperreal. Hoy sé que los *thugs* de Salgari tienen menos que ver conmigo y con casi toda la humanidad que la madrina muerte del *Märchen*³ romántico.

Justo antes de comenzar mis estudios de Medicina, en las vacaciones tras el curso preuniversitario, tuve la que sería experiencia definitiva: la lectura de *La montaña mágica*, de Thomas Mann, en la traducción de Mario Verdaguer para Plaza y Janés. Luego vinieron el encuentro con Pedro Laín Entralgo en sus clases, casi desiertas, de Historia de la Medicina, la invitación de su compañero Agustín Albarracín a participar en el premio convocado por el siempre sensible Laboratorio Uriach (desde hace ya varios años Fundación Uriach 1838) y mi bisoño primer trabajo sobre la novela, que dio pie a don Pedro para sondearme sobre mi interés en la historia de la me-

dicina y su ulterior propuesta de incorporarme como profesor ayudante de clases prácticas a su cátedra. Fue cuando decidí realizar mi tesis doctoral sobre la obra completa de Thomas Mann —que nadie se asuste; eran otros tiempos— y cuando aprendí de su sucesor en la cátedra, Diego Gracia, que mi plan no era factible si no trabajaba sobre los textos en su idioma original.

De manera que aprendí.

Sí, aprendí porque no estaba dispuesto a perder la oportunidad que me presentaba la vida. No me refiero a ser doctor —podría haberlo sido con cualquier otra tesis—, sino a dotarme del instrumento que me permitiría viajar hacia esa especie de patria soñada. Aprendí, como he dicho, y aún hoy me enfado a veces cuando no consigo —lo que es frecuente— expresarme en alemán con la debida precisión. Pero al menos creo que me he convertido en un estimable depredador de textos, especialmente de los románticos, y he podido llegar adonde no podría haber llegado de otro modo. Quienes se manejan con lenguas extranjeras, los redactores y lectores de *Panace@*, sin ir más lejos, comprenderán sin duda lo que digo y lo que siento.

Esto significa que no hablaré como especialista ni como maestro, pero sí como veterano y como alguien que siente que no tiene por qué dar un paso atrás cuando se encuentra con otro de la misma especie en un puente por el que solo cabe uno. Cada cual tiene sus armas y fortuna dirá. Por otra parte, no pretendo otra cosa que, con estos títulos —menguados, pero no falsos— y con lo vivido a lo largo de treinta años, contar las cosas que he visto en los parajes que con ayuda de la lengua alemana he transitado. Sin seguir un orden cronológico, pues ya he dicho dónde se encuentran mis orígenes y en ellos radica una singular concepción del tiempo, comenzaré por ocuparme del más vasto, aunque desolado, paisaje que quepa imaginar: el desierto.

*Die Wüste wächst*⁴

«Yo vivo del crédito que me he concedido a mí mismo. ¿O es acaso un prejuicio creer que yo vivo? Me basta con hablar a cualquier persona “culto” que venga de veraneo a la Alta Engadina para convencerme de que yo no vivo». Así hablaba sobre sí mismo⁵ un alemán, otro de mis maestros, Zarathustra; quiero decir —excusadme— Nietzsche. Pues bien: eso mismo ocurre con el idioma alemán en el mundo de la historia de la medicina, al menos en nuestro país, y no mucho mejor están las cosas, aunque algo hay, en otros países, como Italia, el Reino Unido o los Estados Unidos. Algunos compañeros españoles manejan el idioma, pero, salvo esporádicas incursiones, sus elecciones personales los han llevado por otros caminos. Los temas «alemanes» —en el más amplio sentido, cultural más que geográfico— han terminado siendo asunto

* Universidad Complutense, Madrid (España). montiel@med.ucm.es.

casi exclusivo de los propios alemanes, y bastante más en los campos de la historia de la cultura o de las artes que en el de la historia de la medicina.

Creo que esto no obedece tanto a desinterés cuanto a la ubicuidad —¿me atreveré a decir «la tiranía»?— de la lengua y de los abordajes anglosajones en el ámbito académico. El peso de esa lengua dificulta el acceso a otras que, además, resultan ser más complicadas y que no siempre son útiles para abordar problemas y metodologías que no son los unánimemente reconocidos; pues la uniformidad en el uso de un instrumento a menudo implica, de manera voluntaria o involuntaria, la uniformidad en otros campos. Probablemente de aquí viene mi casi patológica incapacidad para explicar el «marco teórico» de mis investigaciones y para entender primero y aplicar después rúbricas como *Queer Studies*, «estudios poscoloniales» o «constructivismo social». Por otra parte, me tranquiliza saber que otros podrán, si lo desean, explicar y explicarme a mí mismo de qué va lo que he hecho.

El caso es que desde que falleció Laín, y probablemente desde mucho antes, de Alemania, nada; lo cual es perfectamente lícito y comprensible si tenemos en cuenta que seguramente la principal obligación de los historiadores españoles de la medicina sea hacer historia de la medicina española, obligación de la que he podido excluirme sin sentimiento de culpa precisamente por saber que mi ausencia de ese campo no va ser en absoluto sensible. No se trata, que nadie me malinterprete, de actualizar la lamentación de Jeremías a costa de la ausencia del alemán y de lo alemán en nuestro terreno profesional, pues cuando ciertas cosas suceden suele ser por algo, como cualquier historiador debería saber, y ese algo no es, o al menos no del todo, del orden del delito y de la culpa. Como diría un castizo, «es lo que hay». Pero no todo el mundo percibe «lo que hay». Quien no se pare a reflexionar sobre la diferencia entre las branquias de los peces y los pulmones de los mamíferos difícilmente percibirá como algo notable que no vivamos sumergidos en agua. Con el alemán a mí me sucede eso: donde otros no ven nada yo veo la nada. Mi opinión es que en el mundo de la investigación histórico-médica lo alemán no existe. En nuestro particular mapa es el desierto, y, como todos los desiertos, algo carente de interés, salvo si oculta uranio, petróleo o tierras raras en su subsuelo. Pero eso hay que buscarlo, y no están los tiempos, ni las líneas de investigación, para eso.

No me quejo. Simplemente levanto acta de un hecho. Por otra parte, a mí me ha ido muy bien en esa situación: el desierto es mío y, lo que es más importante, sin tener que disputárselo a nadie. Y, aunque en algún momento sospeché que mi elección de territorio podría significar una suerte de voto de pobreza académico, al final ese temor ha resultado infundado; aunque temor temor no he sentido nunca. Al fin y al cabo sé cómo terminan los *Märchen*: provisionalmente con sorpresa, y definitivamente de la mano de la madrina a la que me referí al comienzo.

Pero vayamos a algo que sin duda interesará más a los lectores de *Panace@*: mi experiencia como traductor, o, mejor aún, mi experiencia en el mundo de la traducción.

Luis Montiels Lehrjahre⁶

A principios de los años noventa —¿o fue a finales de los ochenta?— me embarqué, junto con otra media docena de personas, en la azarosa creación de la Fundación Carl Gustav Jung de España, cuyo propósito central era, y sigue siendo, la edición de la obra completa de dicho autor en español. Durante unos años dediqué serios esfuerzos a la tarea, hasta que esta pudo conmigo y abandoné el proyecto, que otros mantienen en la actualidad. No lo considero tiempo perdido, pues algún resultado concreto salió de ese trabajo —cuatro volúmenes de la edición realizada por Trotta⁷—, y además aprendí cosas que de otro modo no hubiera tenido ocasión de conocer. De algo de ello hablaré en las siguientes líneas.

Lo primero que descubrí fueron los ocultos caminos del dinero en el concretísimo mundo de la traducción y la edición. De entrada, la constitución de la Fundación nos costó a cada uno de los fundadores trescientas treinta y tres mil pesetas «de las de antes», sin posibilidad de rescate, según la legislación. Supuestamente, la Fundación debía permitirnos conseguir financiación basada en la idea, no legislada entonces, de mecenazgo. El caso es que si pudimos abordar el trabajo fue exclusivamente gracias al generoso legado de uno de los fundadores, tempranamente fallecido. Si no me falla la memoria, cuando me retiré —con cuatro tomos, como queda dicho, en la calle—, no habíamos conseguido un solo euro.

Con esos mimbres había que conseguir traductores. Nuestra primera intención fue contar con los más cualificados, así como traducir directamente desde el alemán los textos de Jung. Nos pusimos en contacto con uno de los más conspicuos, que dijo estar interesadísimo en el proyecto, ofreció gratis una traducción suya, bastante reciente, de una de sus obras y puso como condición que debía ser el único traductor de la obra completa. Esta pretensión nos pareció desafortunada teniendo en cuenta las dimensiones —veintidós volúmenes, algunos enormes— de la obra de Jung, así como la edad del traductor, digamos que avanzada. Sus honorarios, además, hacían temblar aun cuando, de crearle, eran exactamente la mitad de lo que, en una estrategia de cartel, se habían comprometido a exigir cuatro de los grandes galardonados con el Premio Nacional de Traducción. Los más optimistas, entre quienes no me contaba yo, confiaban en conseguir estos recursos gracias a la nombradía del traductor. Como queda dicho, tal esperanza resultó frustrada. Por otra parte, el traductor incumplía sistemáticamente los plazos de entrega poniendo en peligro las fechas pactadas con el editor —volveré sobre esto—, de modo que hubo que requerirle formalmente la devolución de los originales y, de común acuerdo, separar nuestros caminos.

De este modo salimos en busca de traductores más humildes, pero cualificados, dispuestos a aceptar la tarifa propuesta por el editor, notablemente más económica que la primera, y la maquinaria se puso en marcha de manera más armoniosa, pero no por ello sin dificultades. Es más, precisamente en ese momento se puso de relieve la complejidad del proyecto y la imposibilidad de alcanzar el objetivo previsto, quizá por demasiado ambicioso, que es lo que finalmente me movió a abandonar la tarea.

La edición de la obra completa de Jung debía, como adelanté, realizarse mediante la traducción directa de la publicada por la Walter Verlag y aspiraba a estar enriquecida con estudios introductorios y notas críticas. A tal efecto, se había constituido un comité científico compuesto por dos personas bilingües (dos alemanas afincadas en España, de las cuales una es analista junguiana) y tres españoles conocedores de la obra de Jung: dos analistas junguianos completamente legos en el idioma y yo mismo, que a la sazón llevaba varios años estudiando la obra del suizo desde la perspectiva de mis trabajos académicos (historia de la medicina, medicina y literatura) y que de algún modo ocupaba una posición intermedia gracias a mis conocimientos de alemán.

Desde el principio planteé la necesidad de no fijarse plazos, siguiendo el ejemplo de la edición en curso de la obra completa de Schelling por la Academia de Ciencias de Baviera, ejemplo tanto más valioso por cuanto, en este caso, no mediaba traducción alguna. Pero las condiciones del editor, determinadas, según parece, por el contrato de cesión de derechos de traducción, obligaban a publicar dos volúmenes al año. Creo que este ritmo no se ha respetado después, pero en aquel entonces constituía una limitación evidente para el trabajo crítico. Por otra parte, la realidad demostró que era imprescindible revisar línea por línea las traducciones de los textos, con lo cual el tiempo disponible para el análisis y la consiguiente elaboración de prólogos y notas se veía abrumadoramente reducido. Y, para terminar, el tema de la revisión resultó ser especialmente espinoso.

A ningún trabajador le gusta que corrijan su trabajo, y creo que a los trabajadores intelectuales aún menos. No es fácil sentarse frente a un traductor convencido de su propia seriedad y a menudo reconocido por los encargos de diversas editoriales para decirle: «No estamos de acuerdo con esto y con esto otro, y definitivamente este concepto debe traducirse así». Y, por otra parte, para llegar a esa lista de enmiendas, había sido preciso pasar por reuniones borrascosas y agotadoras en las cuales los «germanistas» nos peleábamos con los «hispanistas» por esos mismos términos, pues unos nos constituíamos en garantes de la exquisitez de la traducción, y los otros, en portavoces de una tradición que recibiría mal determinados vocablos. Y, cuando echábamos mano de la edición inglesa, validada por el propio Jung, nos encontrábamos con que a menudo los traductores habían optado por simplificar drásticamente, a veces mediante supresión de palabras o frases, aquello que, como a nosotros, les había resultado difícil.

Tan agotadoras circunstancias hicieron que en determinado momento se planteara una modificación del criterio original que no me pareció aceptable: sustituir la traducción directa por la revisión de ediciones ya existentes. No sé si se llevó a efecto, del mismo modo que ignoro si mi posición fue demasiado purista. Más tarde he podido leer en *El País* —no he guardado la referencia— que, aunque las traducciones a nuestra lengua de ese fenómeno literario que ha sido *Millenium* aseguran ser directas del sueco, los títulos de cada una de las novelas de la trilogía están calcados de la edición francesa y no se parecen nada a los correspondientes del original.

Es war einmal...⁸

El caso es que me fui. Abandoné y seguí trabajando en otros textos alemanes que me interesaban más, no porque Jung hubiera dejado de apasionarme, sino porque otros se ocuparían de él, mientras que nadie más iba a ocuparse de mis médicos románticos, especialmente de los magnetizadores, con quienes llevo conviviendo ocho años ya. Puede que a casi nadie le interese lo que hicieron, por los motivos que ya he señalado, pero al menos el lector hispano puede hoy tener acceso a su pensamiento, a sus realizaciones e incluso a sus sueños. Solo una vez más he traducido, y solo por placer: cuando cayó en mis manos la edición de las *Kleksografías* de Justinus Kerner, uno de esos médicos magnetizadores, poeta por más señas. La singularidad de la obra, compuesta por imágenes producidas por borrones de tinta (*Kleckse*) y pequeños poemas que explican lo que para su autor significan esas figuras, me cautivó hasta el punto de hacerme deseable su traducción intentando —o quizá jugando a— respetar en lo posible no solo el sentido, sino también la métrica y la rima de los poemas. Gracias a que todos los años tengo alumnos con quienes utilizo algunas de estas «kleksografías» como material pedagógico, puedo sentirme al resguardo de la sospecha de que la correspondiente edición⁹ no sea fruto de un mero placer solitario, lo que seguramente ocurriría de tener que guiarme solamente por el juicio del mercado.

Es una lástima. Algunos —pocos— sabemos que, como en algunos *Märchen*, existen tesoros extraordinarios, maravillosos, pero ocultos a la mirada de los más porque están encantados. Como el sabio Merlín, encerrado en un bloque de hielo en algún lugar del bosque de Brocéliande, o como el rey mudado en rana del *eiserne Heinrich*,¹⁰ permanecen cubiertos por la dura cáscara del idioma alemán, que rechaza a tantos. Pero quizá radique precisamente en esto lo que a algunos nos ha atraído al corazón del bosque: que para gozar de sus secretos tesoros se precisa algo más que seguir la corriente; hace falta un conjuro.

Notas

1. «Cómo uno llega a ser lo que es». Título de la primera sección de *Ecce homo*, de Friedrich Nietzsche.
2. Mann, Thomas (1990): *Sobre mí mismo. La experiencia alemana*. Traducción de Ana María de la Fuente. Barcelona: Paradigma. (Primera edición: 1955.)
3. Este es el nombre por el que se reconoce a los cuentos populares, cuyo modelo eximio son los recopilados por los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm.
4. «El desierto crece». Primer verso del poema «Entre las hijas del desierto», de la obra *Así habló Zaratustra*. Nietzsche, Friedrich (1999): *Also sprach Zarathustra*. Colección KSA, vol. 4. Edición de G. von Colli y M. Montinari. Berlín, Nueva York: De Gruyter. (Primera edición: 1885.)
5. En el primer párrafo de su *Ecce homo*.
6. «Los años de aprendizaje de Luis Montiel». Robo descarado del título de una de las partes de una bien conocida obra de Goethe.

7. *Estudios psiquiátricos* (1999); *Sobre el fenómeno del espíritu en el arte y en la ciencia* (1999); *Freud y el psicoanálisis* (2000), y *Civilización en transición* (2001).
8. «Érase una vez...». El principio de todos los comienzos.
9. Kerner, Justinus (2004): *Kleksografías*. Edición de Luis Montiel. Barcelona: MRA.
10. *Der Froschkönig oder der eiserne Heinrich* («El rey rana o Enrique de hierro») es el título de uno de los más conocidos *Märchen* transmitidos por los hermanos Grimm. (Primera edición: 1890.)

Un mundo, el mundo (*die Welt!*): un idioma

Juan Manuel Martín Arias

Traductor médico, Madrid (España). jmtraductorma@yahoo.es

Vuelvo a finales de los ochenta del siglo pasado, a uno de los grandes hospitales de Madrid, donde impartiera clases de inglés a médicos y enfermeras. La noticia de que los colegas de *Panace@* preparaban un número monográfico sobre el idioma alemán ha traído a mi memoria, después de tantos años, la anécdota vivida con un médico mayor, a punto ya de jubilarse —creo recordar que era neurólogo—. En cierta ocasión, entró en el despacho que compartía con otros médicos mientras me encontraba yo allí esperando a que llegasen los residentes para dar la clase de inglés. Como me preguntase quién era yo, le respondí que el profesor de inglés, y al punto exclamó, airado: «¡Inglés, inglés, inglés! ¡El verdadero idioma de la medicina es el alemán, el alemán, el alemán!». De nada sirvió que le respondiera que así era antes, pero no ahora. A todos mis argumentos respondía malhumorado una y otra vez: «¡Qué tiempos estos! ¡Qué tiempos estos!». Estaba claro que a aquel hombretón —medía, como poco, un metro noventa y tenía el pelo intacto, muy abundante y totalmente blanco—, como si del estafalario jinete del desierto a quien llamamos don Quijote se tratase, nada interesaba cómo fuesen las cosas, sino cómo debieran ser. Quizás había estudiado en Alemania y protestaba ahora ante la desaparición de un mundo que había sido, que *seguía siendo*, el suyo y el de tantos otros colegas que ya no estarían a su lado para comentar el último artículo de neurología publicado en la *Neurologisches Zentralblatt* de Berlín o para discutir acaloradamente sobre la mejor traducción que debía darse a uno u otro vocablo alemán del léxico de la medicina. Como la escena se repitió de forma idéntica en varias ocasiones, concluí que este neurólogo tenía problemas neurológicos, quizás una demencia incipiente.

Cuando rememoro esta anécdota se me encoge el corazón, como si fuese yo el apesadumbrado ángel de la historia del cuadro de Paul Klee, desolado en su caminar entre las ruinas del tiempo: lo que pudo ser y no fue, lo que fue y ya no es, excepto en la bruma de las fantasías de quien se resiste, no a la muerte, sino a la desaparición de lo que para él fue nada más y nada menos que un mundo, el mundo (*die Welt!*): es decir, *un idioma*. Todo puede morir; quizás incluso *todo deba morir*; excepto el idioma que un día habitamos y nos permitió ser algo más que una escuchimizada sombra furtiva que deambula entre la fecha del nacimiento y la fecha de la muerte. Saber esto no nos hace más felices, pero quizás sí un poco mejores. Quiero creerlo. Quiero pensar así en esta tarde-noche, ahora que el cruel otoño vuelve a Madrid como un acróbata en llamas. Ser fiel a un idioma es ser fiel a la infinitud. Sí, así es, *Herr Doktor*.

